

el mar. Al día siguiente, los cadáveres de los dos jesuitas fueron arrojados a la tierra por las olas y reconocidos por los capitanes y soldados que se habían salvado. Diéronles devota sepultura, y uno de los capitanes escribió a Madrid una carta ponderando el sacrificio glorioso de aquellos dos Padres, que teniendo en su mano la salvación, se habían entregado voluntariamente a morir, por no abandonar a los otros soldados que perecieron (1).

Algo semejante a este peligro fué el que padecieron los Padres en el colegio de Cádiz el año 1596. Entraron los ingleses, como es sabido, en la ciudad y la saquearon, cometiendo los horrores que entonces era costumbre en el saco de las ciudades. Nuestro colegio padeció lo que hubieron de padecer todas las casas de aquella pobre ciudad. Entraron los ingleses é hirieron malamente al Hermano portero del colegio; buscaron después todas las alhajas y todo lo que pudiera ser de algún valor en casa, y mostraron de un modo particular su odio a la Compañía, deshaciendo cuidadosamente todos los libros que vieron de controversia contra los herejes, y, según nos dice el P. Roa, que escribía seis años después, con particular rabia hicieron algunos herejes tiras con los dientes los libros escritos contra su herejía. A otro Hermano coadjutor le ahorcaron y le torcieron los dedos para asegurarse de que estaba muerto, aunque después resultó que pudo resistir colgado y con vida hasta que acudieron otros, le descolgaron, y logró recobrar la salud (2).

5. Si la virtud mostrada en estos trances difíciles por los religiosos que de buen grado se ofrecían a la muerte en bien de sus semejantes, nos debe edificar, más debe admirarnos aún el heroísmo continuado y, por decirlo así, habitual de aquellos misioneros que padecían constantemente por el bien de las almas trabajos y penalidades, que pudieran parecer admirables padecidos un solo día o una sola semana. El Apóstol San Pablo, enumerando las proezas que por el espíritu de fe practicaron los santos del Antiguo Testamento, nos dice de ellos que vivieron necesitados, angustiados, afligidos, mostrándose hombres de quienes el mundo no era digno; «*egentes, angustiati, afflicti, quibus dignus non erat mundus*» (3). Bien pudiéramos aplicar estas palabras a muchos misioneros españoles que en

(1) El P. Porres (*Hist. del col. de Madrid*, l. 11, c. 4) copia esta carta y refiere los lances de este naufragio.

(2) *Baetica. Litt. annuae*, 1596. Véase también a Roa, *Hist. de la prov. de Andalucía*, l. IV, cap. 5.

(3) *Ad Hebr.*, c. 11.

Oriente y Occidente esparcían la semilla evangélica a las naciones infieles. No hemos podido explicar, por no extendernos demasiado, la virtud de algunos misioneros españoles que se ilustraron en las misiones portuguesas. Pero séanos permitido recordar al jesuita Baltasar de Torres, nacido en Granada en 1563, y trasladado al Japón en 1599. Llegó a la misión cuando ya se había abierto la era de terribles persecuciones que, al cabo de medio siglo, habían de acabar casi del todo con aquella floreciente cristiandad. Durante más de veinte años, el P. Baltasar de Torres recorrió, más como fugitivo que como misionero, muchos pueblos del Japón, padeciendo persecuciones, hambres, desnudeces increíbles, para socorrer a los cristianos perseguidos. Se ha hecho célebre, sobre todo, aquella aventura suya, cuando, sobrecogido por unos gentiles, en 1614, fué apaleado y tan maltratado, que le dejaron tendido en el suelo por muerto y enteramente desnudo. Volvió en sí al cabo de algún tiempo, y viéndose de aquel modo, buscó en torno suyo alguna cosa con que cubrir su desnudez; observó un traje roto y deshecho que se hallaba tirado entre la basura. Sacudió aquellos andrajos, y cubriendo con ellos sus carnes, hubo de andar algún tiempo de noche, sirviendo como podía a los cristianos, y temiendo a cada instante ser sorprendido por los perseguidores. De esta manera trabajó largos años el invicto apóstol, hasta que terminó su vida quemado a fuego lento por amor de Jesucristo (1).

No conocemos en la historia de las misiones un viaje tan lleno de inesperadas aventuras y pesadísimos trabajos, como el que hizo el P. Pedro Páez, nacido en Toledo, a la misión de Etiopía. Habiéndose encaminado de Lisboa a la India, fué allí ordenado de sacerdote y luego enviado a su destino. En las costas de Arabia, yendo con el P. Antonio de Monserrat, catalán, cayeron ambos súbitamente en poder de los moros. Fueron llevados al Príncipe Hassan, quien durante dos años los tuvo ocupados en cultivar algunos jardines y en otras faenas durísimas, en las que se empleaban los cautivos. Al cabo de tan largo cautiverio ofrecióse una ocasión de recobrar la libertad, y fué que la mujer de Hassan, compadecida de los dos cautivos, discurrió que pidiesen a su marido la libertad por medio de un niño suyo, a quien no podía menos de escuchar con cariño su padre. Los dos misioneros hicieron unas coronitas de flores, las pusieron en manos del

(1) Cordara, *Hist. S. J.*, P. VI, l. 11, n. 237.

niño, y la madre de éste hizo que el tierno infante se presentase a Hassan. Causó buena impresión el inocente ardid, y ya estaban casi seguros de obtener generosamente la libertad, cuando un renegado sugirió al oído de Hassan, que uno de aquellos Padres debía ser Obispo, pues había observado que tenía en su poder ciertas vestiduras sagradas, que él se imaginó debían ser episcopales. Convenía, pues, retenerlos, porque se podría sacar un riquísimo rescate por aquella persona. La avaricia cegó el corazón de Hassan y los dos Padres continuaron como antes cautivos otros cuatro años. Unas veces cultivando los jardines, otras remando con los galeotes, otras en las durísimas faenas que sin compasión imponían los musulmanes a los cristianos, vieron pasar los jesuitas españoles día tras día, seis años de calvario. Cansado al fin el tirano de esperar, admitió el rescate que le ofrecía el Virrey de la India y los dos misioneros pudieron volver á Goa. No pasó más adelante el P. Monserrat, que como más anciano, sucumbió pronto por la fuerza de los trabajos. El P. Páez, siempre fervoroso y no renunciando nunca a su pretendida misión de Etiopía, buscó de nuevo otros medios de llegar al término de su deseo, y después de mil trances que sería largo referir, entró por fin en Etiopía el año 1603. Habíale costado quince años el llegar a la misión, pues en Europa se embarcó el año 1588 (1).

No se ofrecía en América tan a menudo este género de aventuras marítimas, que en las regiones orientales eran bastante frecuentes, por el poder de los turcos y otros musulmanes; pero en cambio, nuestros apostólicos varones debían estar sometidos a continuas y duras necesidades, que solamente los héroes podían tolerar. El misionero que se condenaba a vivir entre las tribus salvajes debía resignarse a padecer privaciones, de que no podemos formarnos idea los que vivimos entre las comodidades de la vida moderna. Hallarse en aquellas vastas soledades, rodeados de indios con quienes no podía tener un rato de desahogo y de conversación ninguna persona culta, sentirse privado de las cosas más indispensables para la vida, hasta padecer algunas veces el desconsuelo de no poder decir misa durante meses, por haberse perdido el vino o las hostias que les enviaban de centenares de leguas; sufrir la falta de comunicación por cartas,

(1) Todos estos trabajos los refiere el mismo P. Páez en la *Historia de Etiopía*, l. III, caps. 15-21. Esta obra, escrita en portugués, ha sido impresa recientemente el año 1905 en Roma por el P. Camilo Beccari. En la docta introducción antepuesta por el editor pueden leerse varias cartas del P. Páez, escritas a raíz de los sucesos, con las cuales se ilustra la vida de tan insigne misionero.

sabiendo que cuando escribían una, había de tardar la contestación tres o cuatro meses, y si escribían a Roma, dos o tres años; haberse de contentar con los mezquinos alimentos, tal vez intolerables para un paladar europeo, que se podían descubrir entre aquellos pobres indios; estas y otras privaciones acerbísimas tomaban sobre sí de buen grado los jesuitas españoles, que se lanzaban al ministerio de las misiones entre infieles.

Para muestra, véase, por ejemplo, cómo describe el P. Rivas al misionero Jerónimo de Moranta, sobrino del P. Nadal, que evangelizaba a los indios tepehuanes al norte de Nueva España. «La pobreza del P. Moranta era tal, que de ordinario eran sus vestidos remendados y cortos, y alguna vez tales, que apenas le podían cubrir. Una le halló el superior de toda la misión andando vagando en una sierra, treinta leguas distante de poblado, recogiendo indios gentiles que andaban por aquellos campos. Aquí le servía de posada una tiendecilla donde decía misa, pasaba en oración y lección santa lo más del día y de la noche, expuesto a las inclemencias del tiempo, la barba tan crecida como pintan a los ermitaños antiguos. La cama de que usaba era un cuero de vaca, y cuando los españoles, pasando el Padre de camino por sus casas, se la daban, arrimándola el mortificado Padre, se recostaba en el duro suelo» (1). Dura y penitente parecerá sin duda esta vida. Pues adviértase que ella no formaba una excepción. Los trabajos del P. Moranta eran, como quien dice, la vida ordinaria de todos los misioneros que sembraban la palabra evangélica en el norte de Méjico.

Más penosa todavía se nos presenta la vida de los misioneros del Tucumán, sobre todo en las regiones del Chaco. Merecen copiarse unas palabras que escribía el P. Lorenzana sobre la condición de aquellas tierras el año 1613. Después de referir cómo entraron a probar fortuna entre los guaicurús los PP. Romero y Moranta, dice así: «La gente es ferocísima, indómita, dada a las armas. El temple, insufrible por los grandes calores y casi inhabitable por los innumerables mosquitos que de las muchas lagunas se levantan y salen. Los mantenimientos, raíces; los compañeros, tigres y víboras. Todas estas incomodidades no solamente no amedrentaron a los Nuestros, mas aun les dieron mayores bríos y esfuerzo a apetececerlas y pedir las, y alcanzadas, estimar esta gloriosa misión» (2). En medio de estos traba-

(1) *Hist. de los triunfos de nuestra Santa Fe...*, l. X, c. 43.

(2) *Paraquaria. Litt. ann.*, 1613.

jos sembraban la palabra divina, como vimos más arriba, los santísimos misioneros Alfonso de Barzana y Pedro de Añasco. Hasta se dió el caso, verdaderamente singular, en los últimos años del P. Aquaviva, de morir materialmente de hambre algunos de nuestros operarios. El joven P. Martín Javier Urtasun, de quien dicen que era remoto pariente de San Francisco Javier, empezando a trabajar en las misiones del Guairá, cuya fundación explicaremos en el tomo siguiente, llegó a perecer, no tanto del exceso de las fatigas, cuanto de la falta de alimentos. Con un sentimiento de amorosa ternura, exclamaba el P. Montoya, compañero suyo: «De puro trabajo se nos murió el P. Martín Urtasun, asaltándole la muerte, no ya por la falta de regalo, médico y medicinas, que nada de esto teníamos, sino por la falta de sustentos de hombres racionales. De considerar es, que un hombre noble, mayorazgo y criado en regalo, muera de hambre» (1).

Cerremos este capítulo recordando la idea que ya expusimos al terminar el tomo anterior: el cuerpo de la Compañía, aunque en el quinto generalato había padecido graves trabajos y peligrosos encuentros, quedaba, por fin, sano y triunfante. El P. Aquaviva expulsó de la Compañía a los indignos que impugnaron nuestro Instituto y pervertían la observancia regular; vigiló constantemente por la observancia de nuestras Reglas, y gracias a su firmeza, gracias a la cooperación de otros dignísimos superiores, y principalmente, por la bondadosa misericordia de Dios que en tan duros trances miró con ojos de piedad a la Compañía, pudo ésta considerarse al fin del quinto generalato, vencedora de sus enemigos interiores y exteriores, y animada más que nunca a padecer nuevas fatigas y a proseguir en la empresa de promover la mayor gloria de Dios.

(1) *Conquista espiritual*, pág. 14.

CAPÍTULO III

INFLUJO SOCIAL DE LA COMPAÑÍA EN ESPAÑA

SUMARIO: 1. Concurso de alumnos en los principales colegios.—2. Bien espiritual ordinario de un colegio. Calatayud.—3. Frecuencia de Sacramentos y otros actos de religión.—4. Congregaciones piadosas.—5. Pacificación de los discordes.—6. Misiones rurales en España.—7. Misiones entre infieles en Ultramar.—8. Idea final del quinto generalato.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Institutum S. J.*—2. *Epistolae Hispaniae*.—3. *Litterae annuae*.—4. Gabriel Alvarez, *Historia de la provincia de Aragón*.

1. ¿Qué hacían esos tres mil sujetos difundidos por el territorio de España y de sus Indias? Para explicar el benéfico influjo social ejercido por la Compañía de Jesús en nuestro antiguo pueblo, pongamos la consideración ante todo en el primer objeto que salta a la vista de quien examina las tareas apostólicas de los antiguos jesuitas. Lo primero que llama la atención es la muchedumbre de jóvenes que se educaban entonces en nuestros colegios.

Suministraremos algunos datos que hemos podido recoger, ya en las cartas anuas de aquellos años, ya en otras relaciones enviadas a Roma por nuestros Provinciales y Visitadores, ya en otros libros que de un modo o de otro mencionan la acción de nuestros establecimientos docentes.

El número de alumnos que concurrían a las aulas jesuíticas era verdaderamente copioso y se debe estimar mucho más, si se atiende a la población de España, que entonces no era ni la mitad de lo que es ahora e iba decreciendo bastante aprisa, como saben todos los que han estudiado nuestra historia económica de aquellos tiempos. El año 1581, primero del P. Aquaviva, el colegio de Valladolid, que no había tenido mucha vida en los primeros generalatos, contaba 700 alumnos, sólo en letras humanas (1). Este concurso se debía indudablemente, como lo hicimos notar más arriba, a los excelentes maestros de gramática que la provincia de Castilla reunió en esta

(1) *Castellana. Litt. ann.*, 1581. Todos los números que siguen están tomados de las cartas anuas de los años que se citan.